

Libertella, Mauro (agosto 2006). *Borges profesor : La lección del maestro*. En: Encrucijadas, no. 38. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

Borges profesor

La lección del maestro

*Durante doce años el gran escritor argentino Jorge Luis Borges fue profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de Buenos Aires. Mientras su fama mundial se iba consolidando, Borges se desarrollaba en la enseñanza de esa literatura para la que, según él mismo afirmaba, se había preparado durante toda la vida. A veinte años de su muerte, **UBA:encrucijadas** indaga en algunos aspectos del Borges profesor, como también en su relación con la literatura inglesa y con la escena local de aquellos años.*

por Mauro Libertella.

Entre 1956 y 1968 la vida de Jorge Luis Borges dio varios giros, vuelcos atormentados que lo clavaron en el centro del canon literario y determinaron su gloria. Pero también fueron los años de una práctica más secreta, un camino silencioso que fue tramando año a año en las aulas de la vieja Facultad de Filosofía y letras de la calle Viamonte. En marzo de 1956, cuando a Borges se le asigna la cátedra de Literatura Inglesa, su carrera literaria ya estaba silenciosamente consolidada. Tres años antes, Edmundo Clemente había comenzado a publicar para Emecé las obras completas del autor, y en el '52 imprimían Otras Inquisiciones, uno de sus ensayos claves. Pero es sabido que el disparador del reconocimiento planetario fue la asignación del Premio Formentor, en 1961, compartido con el Premio Nobel Samuel Beckett. El efecto del galardón fue inmediato: sus libros se empezaron a traducir por todo Occidente en un fragor que ya no se disiparía. Podemos pensar que la consagración, como en pocos autores, estaba ya cifrada en la prosa misma: una escritura universal, nítida, traducible, coherente. Pero tenemos que pensar, para entender no sólo a la literatura de Borges sino también al fenómeno que la sucedió, una serie de jugadas que, como sabio artífice, el escritor puso deliberadamente sobre el mantel de la literatura argentina para que se muevan hasta el día de hoy.

Cuando Borges dijo que se enorgullecía más por lo que había leído que por lo que había escrito no estaba practicando solamente la falsa modestia, sino que estaba hablando también de la lectura como un campo de intervención específico: hablaba de la lectura como producción. Es curioso: la corta historia de la literatura argentina puede pensarse como una serie de lecturas heterogéneas, lecturas que se chocan y que de un tiempo a otro se erigen como canon y norma y luego son desplazadas de nuevo a los márgenes. Ricardo Rojas fue uno de los primeros lectores, e inventó un principio. Muy poco después vino Lugones y, leyendo el Martín Fierro en clave piedra inicial, puso al texto de José Hernández en la fundación misma de nuestras letras. En ese momento nace también la lectura estética, aquella que reivindica los valores formales y "artísticos" de la literatura. Un modo de leer que, de un modo simplista, ha sido enfrentado más de una vez con el modo "comprometido", con la lectura social. Un poco después llegó la revista Martín Fierro y la lectura ya era otra. Dibujada la arquitectura del primer canon nacional, los ojos lectores ya podían proyectarse hacia Europa y traer, en largos viajes transatlánticos, la vanguardia europea, el modernismo, los últimos románticos. Borges empieza a colaborar con la revista Martín Fierro en 1924. Allí conoció a más de un escritor, y le permitió al joven poeta discernir entre lo propio y lo ajeno. De eso se trataría buena parte de su poética como lector: marcar un derrotero propio a partir del cual leer una tradición de escritores ingleses de segunda línea (aunque también algunos bien centrales) y en ese acto construir un presente y un modelo de literatura futura posible.

THE ENGLISH WAY

El modo de Borges de leer literatura inglesa era ciertamente excéntrico, aunque hoy nos resulte común por ser paradigmático (ahí podemos ver nítida la influencia del Borges como lector). Es sabido que su biblioteca familiar estaba compuesta casi exclusivamente por libros en inglés –de hecho, la primera vez que leyó el Quijote lo hizo en ese idioma–. Pero, si bien leyó casi todo, desde Shakespeare a Defoe, de Joyce a Stevenson, a la hora de hablar de los escritores a su criterio más importantes no dejaba de mencionar a De Quincey, a Chesterton, a Stevenson. Y lo hacía, en entrevistas y en ensayos, con una obstinación incandescente. Así, a fuerza de machacar, en el fragor de la prédica constante, Borges pudo imponer una serie de nombres algo tangenciales que, puestos todos juntos, marcan un canon de lectura bien peculiar. Pensando esta operación, Ricardo Piglia diría que Borges, al igual que tantos otros escritores puestos a hacer crítica, construye las lentes a partir de las cuales se debería leer su propia obra: "Se puede hacer un recorrido por la obra ensayística de Borges para ver cómo escribe sobre otros textos para hacer posible una mejor lectura de lo que va a escribir. Un ejemplo es el modo en el que Borges se conecta con una tradición menor de la novelística europea, defiende a ciertos escritores que son considerados escritores marginales de la gran tradición europea como Conrad, Stevenson, Wells, Kipling, en contra de la tradición de Thomas Mann, Proust, Dostoievsky, que es la vertiente central de la novela y la narración en la literatura contemporánea. Borges quiere ser leído desde ese lugar y no desde Dostoievsky". Sobre la elección de los autores a enseñar luego en sus clases de literatura inglesa, volveremos más adelante.

Así, la relación de Borges con la literatura inglesa no es azarosa. Es al mismo tiempo un engranaje con su pasado –la biblioteca en su casa de la calle Serrano, el linaje paterno, la tradición occidental–, y con su futuro –su posición dentro de la constelación literaria, la traducción como práctica interna y externa al texto–. Por eso, no pueden ser pasados por alto sus doce años en la Facultad de Filosofía y Letras. Sobre el comienzo de aquella experiencia, escribiría en su autobiografía: "(Era 1955). Al año siguiente recibí una nueva satisfacción, al ser designado en la cátedra de literatura inglesa de la Universidad de Buenos Aires. Otros candidatos habían enviado minuciosos informes de sus traducciones, artículos, conferencias y demás logros. Yo me limité a la siguiente declaración: 'Sin darme cuenta me estuve preparando para este puesto toda mi vida'. Esa sencilla propuesta surtió efecto. Me contrataron y pasé doce años felices en la Universidad". Desde luego, Borges no es un profesor estándar, y algo de eso nos muestran sus libros *Introducción a la literatura norteamericana* e *Introducción a la literatura inglesa*. Allí, el autor de *Ficciones* dibuja una cruz entre lo biográfico, la cita erudita y cierto anclaje histórico. Aunque, en el prólogo a uno de aquellos libros, Borges escriba que su principal manera de leer será siempre la que valore los méritos estéticos. Algo similar a las clases y a los libros de introducción ocurre con sus conferencias: a medio camino entre la charla informal y la alta ponencia, el escritor desliza sus obsesiones y sus fantasmas en los pliegues de otro discurso posible. Porque es la posibilidad de una intervención lo que Borges ve en las conferencias y en las clases. Aunque el escritor también ha hecho una distinción entre ambas prácticas: "A mí me gustan más las clases que las conferencias. En las conferencias, si hablo de Spinoza o de Berkley, al oyente le interesa más mi presencia que el contenido. Por ejemplo, mi forma de hablar, mis gestos, el color de mi corbata o el corte de mi pelo. En las clases de la universidad, que tienen una continuidad, vienen solamente quienes les interesa el contenido de la clase. De este modo uno puede mantener un dialogo pleno. Yo no veo, pero puedo sentir el ambiente que me rodea. Por ejemplo, si me están escuchando con atención o distraídamente".

UNA PASIÓN ARGENTINA

Podemos pensar también a la experiencia de profesor como un modo de sistematizar las lecturas y como un resumen necesario en el medio de su vida. Por eso decimos también que hubo un antes y un después: el Borges anterior a la cátedra viajaba en tranvía a la biblioteca pública mientras leía la Divina Comedia en edición bilingüe y tramaba sus cuentos más gloriosos. El Borges posterior a la cátedra viajaría por el mundo, repetiría algunas taras y disfrutaría y padecería al mismo tiempo la gloria literaria en vida. Por supuesto, no estamos postulando aquí una relación causal por la cual su empresa docente lo haya puesto en la cima de literatura. Pero habría que pensar y desentrañar con el tiempo las posibles relaciones entre la docencia y la obra literaria, entre lo pedagógico y la creación artística. Muchos sostienen, hoy, que la enseñanza de la literatura es una forma del entusiasmo, y que solo desde el entusiasmo se puede enseñar literatura. Esto es algo que Borges sabía muy bien, y no dejó pasar la posibilidad de transmitir su concepción de la enseñanza. En una entrevista con la Revista Plural de México dijo: "Creo que uno sólo puede enseñar el amor de algo. Yo he enseñado, no literatura inglesa, sino el amor a esa literatura. O mejor dicho, ya que la literatura es virtualmente infinita, el amor a ciertos libros, a ciertos versos, quizás a ciertas páginas. Yo dicté esa cátedra durante veinte años en la Facultad de Filosofía y Letras. Disponía de cincuenta a cuarenta alumnos, y cuatro meses. Lo menos importante eran las fechas y los nombres propios. Pero logré enseñarles el amor de algunos autores y de algunos libros. Y hay autores, bueno, de los cuales yo soy indigno, entonces no hablo de ellos. Es decir, lo que hace un profesor es buscar amigos para los estudiantes. El hecho de que sean contemporáneos, de que hayan muerto hace siglos, de que pertenezcan a tal o cual región, eso es lo de menos. Lo importante es revelar belleza, y solo se puede revelar belleza que uno ha sentido".

En esta poética de la enseñanza se cifra una concepción propia de la literatura. Para Borges, que solía repetir que desde niño supo que su destino sería literario, la literatura tiene que ver por momentos con una pasión indescifrable, y la transmisión de ese fulgor es sin dudas una tarea harto compleja. Podemos afirmar, quienes cada tanto nos abrimos paso en las abarrotadas aulas de la Facultad de Filosofía y Letras, que la mejor enseñanza de la literatura hoy es la que desde algún lado encara esta propuesta: la enseñanza de la literatura como la entrega de una pasión. En una entrevista perpetrada en estas mismas páginas, el actual director de la carrera de Letras de la UBA, Jorge Panesi, decía: "Lo que uno hace con la literatura es pensarla, analizarla, pero en el fondo lo que un profesor de literatura hace es transmitir siempre un entusiasmo. Incluso se deben contagiar cosas para que el alumno después pueda rechazarlo. Yo diría que en el momento actual es un entusiasmo cómplice en la medida en que apela a ese entusiasmo por una complicidad como de iniciados. En el sentido de que los que leen literatura la leen sabiendo que pertenecen de algún u otro modo a un círculo secreto y sospechoso que no cuaja de una manera habitual o corriente con los otros círculos". Es curioso que Borges, un autor de una inteligencia feroz y dueño de un poder crítico implacable, que ha sido juzgado a veces como un autor frío y demasiado cerebral, haga prevalecer, en su concepción de la literatura, lo emotivo por sobre lo racional. Dijo: "Juzgo a la literatura de un modo hedónico. Es decir, juzgo a la literatura según el placer o la emoción que me da. He sido durante muchos años profesor de literatura y no ignoro que una cosa es el placer que la literatura causa y otra cosa el estudio histórico de esa literatura". Ahí, en ese "modo hedónico", donde prima el placer, es donde se cruzan docencia y literatura. Allí, ambas pueden ser distintas ejecuciones de la misma expresión.

TODO EL RESTO ES LITERATURA

De los años en los que Borges enseñó Literatura Inglesa en la UBA sobrevive un libro de gran valor: *Borges Profesor*. Publicado por Emecé, con la edición a cargo de Martín Arias y Martín Hadis, el libro es la publicación de un curso completo dictado por Borges en 1966. Son 25 clases que se abren con los anglosajones y las genealogías de los reyes germánicos y llegan hasta *El retrato de Dorian Grey* de Oscar Wilde. Así, se deja ver el arco delineado por Borges que arma un diseño propio en el interior del vasto esquema de la literatura inglesa. El camino sería definitivo: de los orígenes al esplendor. Y, mientras tanto, como una práctica lateral pero imprescindible, Borges despliega bajo el paraguas de la docencia algunos de sus temas preferidos y más conocidos: el problema de la traducción, la leyenda del Buddha, la importancia de la crítica, el arte de la poesía. Borges como profesor es, por qué no, una de las muestras más acabadas de lo que sería, si existiera algo así, una *summa borgeana*.

Quienes asistieron a sus clases dicen que la cadencia de sus ponencias era lenta pero penetrante. Comentan que Borges pedía a algún alumno que leyera un poema mientras él comentaba verso por verso. Pero, para muchos, en ese entonces, Borges era un profesor más. O, incluso, un profesor a evitar. Tengamos en cuenta también que las opiniones políticas del escritor ocupaban un primer plano en el imaginario que de él se había construido en ese entonces, hasta el punto de que muchos alumnos se negaban a asistir a sus cursos por estar en desacuerdo con el Borges antiperonista. En una entrevista reciente, en el diario *Página/12*, Oscar Terán decía: "Borges era para mí el símbolo de lo que un intelectual, por genial que resultara, no debía ser. Yo no podía ver su literatura por debajo de sus posiciones ferozmente antiperonistas. Me acuerdo de salir de clase, pasar por el aula magna donde él dictaba y ver a muy pocos estudiantes escuchándolo.

Después alguien lo acompañaba tomándolo del brazo en su caminata por Florida. Nunca fui a sus clases, pero mis amigos me contaban que eran del orden de lo malas. Un escritor genial no tiene por qué ser un buen profesor. Celebro no haberme excedido y haberlo insultado. No digo que todos fueran tan sectarios como yo, pero era un clima de época. Y no era que no valoráramos la literatura; tampoco que subestimáramos la literatura inglesa. Jaime Rest, que era su adjunto, era muy respetado. Pero abrevábamos en la rebelión del canon instalada por Contorno y Borges era uno de los desalojados. Hoy contarle suena como una bestialidad. Y en algún punto lo es".

De las infinitas anécdotas que giran alrededor de la figura pública de Jorge Luis Borges de su muerte para acá, hay una particularmente significativa, que sucede en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. Nunca sabremos si es real, pero hace tiempo aprendimos que el límite entre lo real y lo ficticio, cuando se trata de alguien como Borges, está sutil y definitivamente borrado. La anécdota es la siguiente: Borges estaba dando clase en un aula de la Facultad. El día se desarrollaba con cierta normalidad. Pero de pronto irrumpe en el aula un alumno del centro de estudiantes y dice, levantando una voz al mismo tiempo conmovida y urgente: "Profesor, tiene que cortar la clase: ha muerto el Che Guevara". Impertérrito, Borges le contesta: "A mí no me interesa el Che Guevara, acá estamos aprendiendo, la clase no se corta", a lo que el alumno replica: "Si no para con la clase nos vamos a ver obligados a cortar la luz". Y, Borges, ahí sí, el Borges escritor, pero también el Borges de las mil y una entrevistas, contesta: "Para este momento he tomado la precaución de ser ciego".